El Sanedrín, el Senado, el Consejo de Castilla... eran instituciones de ancianos que dominaban la política. Hoy, como vemos, esto ha cambiado. Pero yo vaticino que cuando estos jóvenes sean viejos, no tendrán necesidad de dejarse desplazar por la juventud. Tendrán la misma preparación que ellos y, además, la experiencia que resulta siempre tan recurrente. Pero mientras tanto henos aquí ajenos a todo protagonismo en esta sociedad tan complicada.

La marginación de los viejos en esta época en la que el curso histórico es cada vez más acelerado, resulta un dato imposible de ignorar. Los jóvenes aprenden más deprisa en los estudios y en los libros que en el lento caminar con unos sus abuelos. ¿No queríamos dotarlos de herramientas que no estuvieron a nuestro alcance? De la misma forma que aspirábamos a proporcionarles juguetes mecánicos, casi mágicos, para sus ocios cuando nosotros jugábamos con camiones de madera o pelotas de trapo, de la misma manera les hemos mandado a la Universidad cuando por estas tierras, apenas se había desterrado el elevado índice de analfabetismo que asolaba la región. En lugar del orgullo hacia sus mayores, despertamos en ellos un sentimiento hasta entonces desconocido: de los menos sensibles el desprecio, y de los más piadosos la compasión. Decidme si no dónde está aquella veneración que tuvimos hacia nuestros ascendientes.

Hay que convenir en que la del viejo satisfecho de sí y de la tradición retórica y la del viejo desesperado son dos actitudes extremas. Entre ellas hay infinitos otros modos de vivir la vejez: la aceptación pasiva, la resignación, la indiferencia, el camuflaje de quien se empeña en no ver sus arrugas y su debilidad y se impone la máscara de la eterna juventud, la rebelión consciente a través del continuo esfuerzo, a menudo destinado al fracaso (gente que para demostrar su vigor hace alardes ...). Hay quien se empeña en vivir esta vida como si fuera ya la otra, rotos todos los vínculos mundanos. La vejez no está escindida de las etapas anteriores, es la continuación de la adolescencia, de la juventud, de la madurez. Hay un viejo sereno y otro afligido; satisfecho, inquieto; quien saborea su victoria y quien no logra borrar de su memoria sus derrotas.

Hay también quien compara la vejez con el invierno de la vida. Yo prefiero asociarla con el otoño. El otoño junto a una chimenea, entonando el cuerpo a la lumbre de un leño generoso en su último desprendimiento. Durante alguna de mis breves estancias otoñales por estas tierras, pude comprenderlo. Se trata de un tiempo de meditación y aún de vida. Las hojas de los árboles, como el pelo, van mudando de color, quién sabe si más bello. La tierra reseca y la vegetación amarillenta por el efecto tórrido del verano, han encontrado en la humedad de las primeras lluvias de la estación su regeneración y serena lozanía. No le podemos pedir ya vigor y pujanza, pero sí sosiego y belleza. El paisaje acopia los vestigios de esplendor un tanto abrasados por la canícula, los yergue y los exhibe con los últimos restos de orgullo que le quedan. Incluso se engalana con nuevas tonalidades que sólo la Naturaleza sabe de dónde es capaz de extraer. Las reúne bajo los últimos trinos de los pajarillos dispuestos a emigrar, bajo el rumor de la cigarra y la frotación de los élitros de los grillos, como un canto misterioso, como un lamento enigmático, como un toque de queda que invita al silencio, a la escucha y a la meditación, componiendo un bello poema.

EL PASADO

El mundo de los viejos, de todos los viejos, es, de forma más o menos intensa, el mundo de la memoria. Al final eres lo que has pensado, amado, realizado.

La dimensión en que vive el viejo es el pasado. El tiempo del futuro es demasiado breve para que se preocupe por él. La actividad de rememorar es saludable.